

Heinrich Heine • Machi Mirón • Tambor Vargas • Omar Rocha • Enzia Verduchi
Gary Daher • Giancarla de Quiroga

LA PATRIA
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XVIII n° 439 Oruro, domingo 14 de marzo de 2010





"Rito andino". Óleo sobre tela 90 x 70
Erasmo Zarzuela Chamblé

Naturaleza

Mi padre tenía una naturaleza monosilábica; no gustaba de hablar, y en cierta ocasión aproveché un día de asueto, pues de niño pasaba los días de trabajo en la triste escuela del convento de Franciscanos y los domingos en casa, para preguntarle quién fuera mi abuelo, a lo cual él contestó entre malhumorado y risueño: "Tu abuelo fue un judío pequeñín con una barba grande".

Heinrich Heine en: *Memorias*



el duende
director: luis urquieta m.
consejo editor: alberto guerra g. (f)
benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
adolfo CÁCERES r.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david illanes
casilla 448 telfa. 5276816-5288500
elduende@zofro.com
elduendeoruro@yahoo.com
lurquieta@zofro.com

el duende on line: www.zofro.com/elduende



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria de publicación con colaboraciones no solicitadas; tampoco comparte necesariamente las ideas expresadas por sus autores.

Después de Mercedes



No es mucha la música ni los cantantes que puedo compartir con los amigos de mis hijos, con la misma pasión que lo hacía con mis viejos amigos. Y claro con las raras excepciones están los discos, las canciones que interpretaba Mercedes Sosa, la Negra. Sí, raro caso de esta cantante argentina que no sólo tuvo la capacidad de trascender los distintos países de América Latina como si fuera oriunda de cada uno de ellos, también supo convertirse en el paradigma de la canción de varias generaciones. Puedo mencionar decenas de grandes intérpretes que deslumbraron a los jóvenes de mi generación que los jóvenes de hoy no conocen ni de nombre. No es el caso de la Negra.

La única vez que pude verla de cerca fue en Sucre hace unos 10 años, ella había ido para el Festival Internacional de Cultura. Llegó a cumplir una conferencia de prensa y su imagen era la de una señora enferma que debía ser cargada por dos personas, pues no podía sostenerse de pie. Pero al llegar el momento de conversar asistí a la transformación. Era una mujer lúcida y vital que recordó cuando se restablecía de una de sus crisis de salud, durante una semana un jilguero llegaba cada mañana a su ventana para cantarle. Esas visitas terminaron cuando llegó a verla nuestra Luzmila Carpio "entonces me di cuenta que aquel pájaro sólo había venido para anunciarme la visita de Luzmila" confesó.

Sí, la voz de Luzmila Carpio era uno de los nexos de amor que la Negra mantenía con Bolivia, el otro era el inmenso amor que ella guardaba para el país y su gente. Aquel amor que había cultivado durante toda su vida y que se desbordaba en cada una de sus visitas. Y no miento si afirmo que la Negra era nuestra, pero claro, también debo admitir que con los mismos argumentos pueden sostener aquello quien ha nacido en México, en Uruguay, Chile o Ecuador. ¿Qué le dio a esta mujer la ventura para llegar al corazón de los latinoamericanos? Su voz, claro, pero también su capacidad para depositar en nuestra almas cada una de las canciones que interpretara.

Sí, era su voz, qué duda cabe, una voz que nos alimentaba el alma ya sea en los registros más altos como en los más suaves susurros. También en sus silencios. Qué capacidad para hurgar nuestros sentimientos. Algo ha tenido que ver la postura frente a nuestra realidad social que era capaz de asumir a través de una canción pese a las amenazas contra su vida y los exilios que pretendían silenciarla. ¿Quién la dotó de esa capacidad para mostrar nuestros sentimientos y la ética con la que debemos manejarlos? Ya sea cantando una vieja chacarera, un tango o una balada de Fito Páez o Charly García, aquella voz llegaba para hurgarnos el alma.

Pero ahora esa voz se quedó en silencio, dirá alguien que quiera confrontarnos con la realidad. Pero, ¿acaso voces como la de la Negra pueden quedarse en aquella oscuridad? No, de ninguna manera, más aún cuando quienes la escuchamos día a día aprendimos a encontrar la luz a través de aquel canto. ... ¿el Silencio?

Machi Mirón

Tornado de Jiwaki, La Paz.

Desde mi rincón

Ese mundo de la ciencia...



Cuando te hablan del tema de la investigación científica, se suele pensar en EE. UU. y, más aún, en sus lugares míticos (los laboratorios atómicos secretos de California; el MIT de Cambridge; en universidades como Harvard, Princeton o Yale; etc.); pero yo quiero hablar de otra geografía: la hispánica: concretamente de la catalana y de la española. Más modestas, pero –por ello mismo– más cercanas a nuestra propia realidad.

Empecemos por el caso catalán. Cataluña, y dentro de ella su cultura, viene viviendo desde el siglo XVIII un complejo y accidentado proceso de renacionalización, que en su tramo decimonónico suele conocerse como la '*Renaiença*' ('renacimiento', 'renacimiento'); ese proceso, al ingresar en el siglo XX, logró apuntarse sus primeros logros estructurales, traducidos en fenómenos 'administrativos' o estructurales: por una parte, la fundación de los *Estudis Universitaris Catalans* (EUC) (1903), una especie de universidad paralela catalana, especializada en las materias 'nacionales' (lengua, literatura, historia, derecho, arte...), tradicionalmente ausentes de la universidad estatal española; por otra, la del *Institut d'Estudis Catalans* (IEC) (1907), que si puede definirse como la academia catalana, ya desde el primer día tuvo un ámbito de interés y de acción que iban mucho más allá de la lengua y cultura catalanas, y aun las Humanidades. La celebración del centenario ha promovido la publicación de su historia: los dos volúmenes de A. Balcells – E. Pujol, *Història de l'Institut d'Estudis Catalans*, Barcelona, IEC 2002-2007, 394 y 506 pp. Todavía habría que referirse a una tercera institución emblemática: la *Biblioteca de Catalunya* (BC) (1907), que funciona como biblioteca nacional catalana, cuyo centenario también ha dado lugar a un muy ilustrador volumen conmemorativo (*Biblioteca de Catalunya. 100 anys. 1907-2007*, Barcelona, BC, 2007, 399 p., ilustraciones). Aunque aquí nos interesa particularmente la historia del IEC, se puede afirmar que su existencia corre paralela a la de la BC (y ambas, a la del propio país que simbolizan y representan): primeros pasos y crecimiento (1907-1923); primer tropiezo (1923-1930); consolidación y nuevos problemas (1931-1939); al borde de la asfixia y bajo la más literal clandestinidad (1939-1976); recuperación y desarrollo (1973-2007). Periodos marcados por los vaivenes políticos, favorables unos (1907-1923; 1931-1939; 1976-2007) y adversos otros (1923-1930; 1939-1976).

Los comienzos fueron modestos, si por modestia entendemos aquel espíritu en que la convicción y la mística dejaban atrás los recursos y las infraestructuras (acaso habría que hablar mejor de realismo que de modestia). En efecto, el presidente catalán Enric Prat de la Riba quiso dotar a su país de una institución en la que se cultivaran todas las ciencias de la época: desde la arqueología y la historia hasta la biología, la física y química, la biología, el derecho o la medicina; a lo largo de este primer siglo de vida, han ido naciendo nuevas secciones y 'sociedades' subordinadas cada vez más específicas. En este sentido se puede afirmar que muy pronto, y cada vez más, el título de estudios 'catalanes' ha ido resultando desorientador y sería más exacto reemplazarlo por el de 'instituto catalán de estudios o investigaciones', pues su área de actividad nunca se ha circunscrito a lo 'catalán'.

El IEC fue expresión de una generación constructora de estructuras, movida por la premisa de un país, no sólo sin estado, sino al que el estado existente le prohibía el derecho a existir. Esto explica que sus cimientos fueran puestos a prueba, primero por la 'dictablanda' del general Primo de Rivera (1923-1930) y, luego, por la 'dictadura' del también general Franco (1939-1973); pruebas, ambas, que no los pudieron derrocar ni borrar; pero sí 'congelarlos' y

'satanizarlos' durante casi medio siglo; y sólo con la recuperación de la autonomía administrativa de Cataluña (1980) pudo realmente retomar las cosas donde habían quedado en 1939.

Actualmente el IEC dispone de una base jurídica institucional aparentemente sólida; su presupuesto le permite desarrollar una amplia actividad, ya sea directamente investigadora, ya sea de debate y difusión de los resultados de sus miembros (en este segundo sentido, puede homologarse como una 'academia'). Mantiene una estrecha relación con el mundo universitario y, en algunas disciplinas, también con el empresarial; pero su existencia ha resultado demasiado accidentada para que la podamos someter a una evaluación de resultados: para ello habrá que esperar siquiera cincuenta años más.

Curiosamente, la institucionalidad científica española también acaba de recordar un centenario de importancia: el de la Junta de Ampliación de Estudios (JAE); y lo ha hecho con un volumen de lujo: M. A. Puig-Samper (ed.), *Tiempos de investigación. JAE-CSIC, cien años de ciencia en España*, Madrid, CSIC, 2007, 488 p.

Como ya permite percibir el título del volumen, no ha habido continuidad: la JAE existió de 1907 a 1939; el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), de 1939 al presente. La causa fue el desenlace de la guerra civil: aunque la JAE había atravesado la vigencia política de la monarquía, la dictadura de Primo de Rivera y la república, los triunfadores 'nacionales' lo identificaron con las fuerzas culturales y políticas de 'izquierda' (léase, entre otras cosas, conectadas con la masonería). Esto hizo que la JAE también fuera, no ya 'purgada' del personal no confiable, sino suprimida de un brochazo. Y en su lugar nació el CSIC, bajo la inspiración que por entonces impulsaba el nuevo régimen franquista; por supuesto que los más significados de la JAE fueron apartados de la nueva estructura: hubo una rígida limpieza ideológica. En definitiva, el volumen ha sido pensado como un tríptico, que abraza tres épocas: la de la JAE (1907-1939); la del CSIC franquista (1939-1975) y la del CSIC de la transición a la nueva democracia (1975-2007).

El volumen está organizado sobre una colección de capítulos bastante breves a cargo de otros tantos autores y que se ocupan de aspectos sectoriales: una disciplina, una figura destacada, un centro de investigación... Esto permite obtener abundante información de carácter concreto y tangible (acaso a costa de no percibir con tanta claridad los cambios o evoluciones globales del conjunto institucional).

Los orígenes de la JAE también fueron bastante modestos y proceden del impulso de la Institución Libre de Enseñanza, que venía girando en torno a la figura de F. Giner de los Ríos, movimiento krausista, de tesis laicizantes de la vida pública, pero con inspiración 'regeneracionista' y, en este sentido, afín a los autores de la 'generación del 98'. Una de sus primeras tareas fue la concesión de becas o pensiones

TAMBOR VARGAS

para que jóvenes universitarios pudieran proseguir sus estudios, estudiar en diversos países europeos. La infraestructura era mínima. Cuando la JAE también organizó infraestructura propia de investigación en algunas áreas del conocimiento, tuvo que extender su presencia visible (p. ej. el Centro de Estudios Históricos, dirigido por R. Menéndez Pidal o el Museo Pedagógico de B. Cossío, el Jardín Botánico, el Museo de Ciencias Naturales...). No cabe duda que la llegada del régimen republicano significó el apogeo oficializador de la JAE; en cambio, la guerra civil fue desorganizando su actividad hasta prácticamente paralizarla.

¿Qué significó el nacimiento del CSIC? Naturalmente, otras premisas: restauradoras del Catolicismo confesional y de la Hispanidad tradicional; otro rasgo importantísimo fue la ruptura casi total de los lazos con el mundo universitario: en el CSIC trabajaron casi exclusivamente investigadores a tiempo completo y con incompatibilidad de dedicación con la enseñanza superior. Con el tiempo, el modelo fue también víctima de la inmovilidad del régimen político que lo había creado; y en la misma medida fue cayendo en una burocratización del personal. Después del franquismo siguió una etapa de inestabilidad (reflejada en la sucesión de presidentes que se sucedieron); bajo el largo periodo de gobierno socialista (desde 1982 hasta 1995 y, de nuevo, desde 2003) se ha impuesto una tendencia restauradora de la 'ideología' de la JAE, con laicismo fundamentalista (así, durante ese periodo fueron suprimidos los institutos de teología, estudios bíblicos y misionología). Otro problema importante al que el CSIC ha tenido que hacer frente es el de sus relaciones con la universidad: después de franquismo, por una parte el componente investigador universitario ha crecido considerablemente; por otra, se ha aceptado lo absurdo de la anterior incomunicación entre ambos mundos.

A la luz de las realidades comentadas en la primera parte de este artículo, llama la atención la prácticamente nula presencia de la JAE en Cataluña; y no sólo en Cataluña: pertenecía a la mentalidad de sus 'hombres fuertes' un concepto madrileño del estado; es decir: el más puro centralismo. Después, bajo Franco, persistió el modelo, aunque se quiso compatibilizarlo con ciertos gestos simbólicos (creando algunos centros en 'provincias' de bastantes 'regiones'). Y en la democracia postfranquista ya no ha habido cambios de fondo.

Estos dos centenarios permiten plantearse varias cuestiones de fondo. Entre otras, la tendencia –visible en el siglo XX– del creciente papel dirigente de los estados en la promoción de la investigación científica; las desavenencias en la definición del ámbito de la 'ciencia' (con partidarios de la inclusión/exclusión de la Humanística; o lo que viene a ser una variante del exclusionismo: el papel de 'pariente pobre' a que se reducen las disciplinas humanas y sociales a la hora de aprobar presupuestos); la ubicua presencia de la 'cuestión española', no sólo también, sino muy en primer lugar en toda la temática histórica de que se hacen reflejo las publicaciones comentadas.

Parece que el conocimiento y su investigación se ha convertido en sector estratégico de los estados; pero también de las naciones: ¡y de éstas aun antes que de aquéllas!



Roberto Leitón y la "Melenita a la garzón"

Hace ocho años, trabajando junto a Blanca Wiethüchter, Alba María Paz Soldán y Rodolfo Ortiz en *Hacia una Historia Crítica de la Literatura en Bolivia* (2002), conocí una parte de la obra del escritor Roberto Leitón Medina. Las circunstancias tienen que ver con los procedimientos que primaron en esa investigación: perseguir intuiciones; leer y volver a leer textos y autores que nos conmovían desde las pasiones más que desde la academia; poner atención a gestos, ideales, imágenes recurrentes, actitudes ante el lenguaje, apegos literarios, etc. Se puso en relación obras que provenían de distintos contextos, se descreyó de los cánones establecidos, se fue en busca de textos no leídos y olvidados, se indagó en "hojas volantes", es decir, en folletería y revistas literarias que circulaban en bibliotecas particulares o en archivos históricos, se acudió a fuentes a las que nos remitían nuestros más queridos abuelos literarios. Uno de ellos fue el gran maestro de maestros Carlos Medinaceli, de quien José Enrique Viana dice que "los libros eran su pasión absoluta". Intentamos recuperar ese gesto enamorado que le dio al escritor potosino la posibilidad de cultivar una tradición de lectura e inventar, casi sin querer, una actitud crítica.

Medinaceli, que no necesitó de instrumentos teóricos para trazar un mapa de la literatura boliviana, descubrió en *Aguafuertes* (1928) de Roberto Leitón una escritura renovada, algo que no había encontrado antes: narración "telegráfica", esquemática, directa. Esto fue agua fresca en medio de charcos estancados, produjo rechazo en los lectores acostumbrados a profusas narraciones, a descripciones detalladas y detenciones pictóricas que intentaron agotar el contexto. Medinaceli puso por escrito este sentimiento ambiguo, le dijo a Roberto Leitón que no se trataba de nada conocido, era una escritura potente que nada tenía que ver con la trenza literaria a la que estaba acostumbrado y que se parecía más a la "melenita a la garzón". Hermosa metáfora que afectaba directamente a los jóvenes de la época seducidos por las melodías y letras del tango arrabalero. Melenita a la garzón (melena lisa y corta) significaba una innovación, un salto en la monotonía de los peinados de la época (anudados y trenzados). Era un corte -heredado de la actriz española Paquita Garzón- que usaban las mujeres y, luego, los hombres de entonces, porque -seré claro- la melena no les quedaba bien. En definitiva se trataba de ponerse en contacto con el mundo, era un cuestionamiento al conservadurismo imperante en la sociedad boliviana. Melenita a la Garzón fue una manera de interpelar un modo de vida; era la forma de ver el mundo que tenían los jóvenes liderados por Carlos Medinaceli y que se autodenominaron "Generación Gesta Bárbara".

Los bárbaros negaron su entorno, negaron su medio, trataron de borrar un presente y un pasado que consideraban, "inepto" y "filisteo". Fueron desprendiéndose de las grandes preocupaciones políticas y literarias que representaban el imaginario sociocultural imperante y que se arrastraba desde el siglo XIX: la utopía de patria surgida desde el advenimiento de la nueva república; la impotencia y decepción que produjo la pérdida de la Guerra del Pacífico y los intentos de inventar un país con un lenguaje prestado. Los bárbaros pusieron a la ficción como centro, gesto que en la ciudad de Potosí apareció mucho antes. Buscaron inventarse un nacimiento, intentaron fundar un nuevo espacio. He ahí su importancia. Los que participaron de ese movimiento fueron jóvenes



lentos de impulso, dueños del mundo. Actuaron sin las trabas de algo a lo que tenían que responder. Por eso *Aguafuertes* de Roberto Leitón fue un libro bien recibido, aunque, ya los primeros impulsos de los bárbaros estaban pasando.

Medinaceli dijo que Leitón era un escritor salvaje, esto se puede entender en dos sentidos: la crudeza y poca "diplomacia" de su narración y la "falta" de formación académica. Leitón nunca pasó por la Universidad ni por la Normal y, sin embargo, fue un gran escritor y un gran profesor, una muestra clara de que el verdadero maestro no pasa necesariamente por las aulas, al contrario, se desprende un poco de ellas.

La responsabilidad de publicar una tercera edición de *Aguafuertes* no responde solamente a lo que vieron los de la generación Bárbara, se debe a su importancia narrativa en un país que pide a gritos no olvidar su pasado para reencontrarse y reinventarse desde la palabra. Leitón decía en una entrevista que la mejor manera de presentar las narraciones era haciendo que "desaparezca el autor, que hablen los personajes en su idioma, en su manera de comportarse, en su manera de dictar con franqueza". Ésa fue su apuesta en *Aguafuertes* y eso lo condujo a generar esa narración "minimalista" que responde a un



mundo decadente y fragmentado. Como dice Alba María Paz Soldán "Leitón es, quizá, el primer escritor boliviano del siglo XX que fragmenta el tiempo y cuestiona el lugar central del narrador".

En efecto, se trata de una narración discontinua, una presentación fotográfica, un discurrir de instantáneas, una sucesión de imágenes. En definitiva, una concreción de lo que Borges intentó en sus primeros cuentos: "escenas cinematográficas al estilo de un director". *Aguafuertes* marca un hito en la literatura boliviana por su carácter fragmentario y discontinuo, por su manejo del tiempo y la voz narrativa, un texto muy post-moderno, diríamos, sin olvidar las pinzas respectivas. Podríamos considerarlo como un precursor de narraciones que luego han sido estudiadas por su carácter fragmentario, entrecortado, sin pretensiones de agotar las descripciones, apuntando directamente al blanco.

Hago referencia, por ejemplo, al tipo de fragmentación que encontramos en *El Loco* de Arturo Borda, donde la voz narrativa asume distintas instancias de enunciación y el texto transita indistintamente por la poesía, por el relato o por un lenguaje reflexivo propio del ensayo, pero marcado por la digresión; o al modo en que abandona una escena para entrar a reflexionar sobre otra cosa. Pero, así como la voz narrativa recurre a estas distintas formas, de inmediato las niega.

Por otro lado, *Aguafuertes*, es un antecedente de las famosas Claudinas que tanta tela dieron para cortar en la literatura boliviana. Leitón, además, plantea esa preocupación generacional que Medinaceli resume en la expresión quechua *Chaupi p'un-chaipti tuiyarka*: a medio día anocheció.

Gran dilema de la generación de la primera mitad de siglo: vidas que se desarrollaron en un ambiente degradado, aniquilado por el alcohol y el "encholamiento". Ésa fue una explicación a los dilemas de la época y que llevó a los que reflexionaron sobre ellos a una resolución: la separación entre amor (delicadeza, casamiento, señorita bien) y deseo (alcohol, sexo, chola fornida). En esa perspectiva, Armando Costa, el protagonista, transurre desde las aventuras y esperanzas prometedoras de un joven protegido por la familia, hasta la degradación de un borracho que intenta recoger una moneda de "cuatro patas" y termina muerto, después de ser olvidado y abandonado por el mundo. Costa también comparte un gesto tremendamente revelador con Felipe Delgado y un personaje poético de Nicanor Parra, sale en busca de ayuda para un pariente enfermo y termina borracho alejado de la intencionalidad filantrópica y familiar.

Esta tercera edición es, además, un homenaje a un escritor que orientó su vida a una labor callada, constante. A una actitud de gota de agua que tuvo sus frutos pequeños y al mismo tiempo grandes. Algo como lo que vi un mes antes de su muerte, cuando, junto a Ramiro Huanca tuve la oportunidad de conocerlo. Leitón a los 96 años, ya no veía, usaba un bastón sin barnizar, sabía perfectamente la distancia que lo separaba de sus objetos indispensables, sentía nostalgia por lo que había vivido, pedía, mientras le hacíamos preguntas, que le leyéramos algunos de sus cuentos, todavía tenía fuerzas para dictar artículos para el periódico, para pensar en alguna reedición y para aconsejar desde el lugar de maestro que sigue ocupando.

Omar Rocha Velasco. Crítico Literario. La Paz.
Tomado de *Aguafuertes*. Editorial La Mariposa Mundial



Ismaíl Kadaré: un viaje a Albania



"No llegué a la literatura desde la libertad, sino a la libertad desde la literatura". No dejaba de pensar en esta frase dicha por Ismaíl Kadaré en los noventa, mientras veía por la ventanilla del avión las montañas, el paisaje árido y abrupto que anunciaba el arribo a Albania.

Tenía la sensación de llevar a cabo una misión tan absurda como la del general Ariosto en la novela *El general del ejército muerto*. Después de enviarle algunos faxes a Kadaré a su estudio del bulevar Saint Germain, en París, solicitándole una conversación, recibí una breve llamada telefónica del autor citándose en Tirana. Era mayo de 2001.

Absurdo desde la agencia de viajes cuando pedí el boleto y me respondieron: "¿Tirana? ¿Albania? Ay, señorita, ¿dónde queda eso?"

En fin, hay oportunidades que no se piensan dos veces, y la posibilidad de hablar con Kadaré sobre su obra era motivo suficiente para cruzar el océano.

En la Tirana de la primavera de 2001 no había turistas. Los aviones que aterrizaban en el Aeropuerto Internacional de Rinas, construido en la época del régimen comunista, traían consigo a emigrantes albaneses que trabajaban en algún punto de Europa, diplomáticos, hombres de negocios o comerciantes españoles, alemanes, japoneses e italianos, algunos de dudosa actividad, y militares que por sus insignias se sabía a qué país de la OTAN pertenecían.

En la sala de migración, caótica y sofocante, comprendería las palabras de Ramón Sánchez Lizarralde, el traductor al español de la obra de Kadaré: "¿Quieres ir a Tirana a entrevistar a nuestro autor? ¡Qué osada!" en un reducido espacio nos encontrábamos alrededor de cien personas con pasaporte en mano y forma migratoria; en una esquina, un grupo de jóvenes musulmanes que, por el fastidio en sus rostros, se entendía que esperaban hace horas. Un italiano en voz alta hizo un comentario de mal gusto y un policía albanés lo reprendió e inició una acalorada discusión. El ambiente era tenso. Las colas no avanzaban, los agentes revisaban cada documento minuciosamente. La pista de aterrizaje estaba rodeada por militares que portaban AK-47. "Normalmente no es tan complicado", agregó Ramón. "Me imagino que toda esta agitación es por lo que está sucediendo en Macedonia. Quizá tengan temor de algún atentado."

A principios de aquel mayo, con el fin de aislar y dispersar a los grupos terroristas y crear condiciones normales para evacuar a la población de las zonas de conflicto, las fuerzas federales macedonias intensificaron los ataques contra la guerrilla albanesa, el llamado Ejército de Liberación Nacional (UCK) que, desde febrero, estaba atrincherado cerca de Tetovo, al noroeste, y en Kumanovo, al norte de Macedonia.

En una emboscada, la insurgencia albanesa mató a varios soldados y policías. La respuesta de grupos macedonios eslavos no se hizo esperar: en la ciudad de Bitola destruyeron comercios establecidos por albaneses; en Skopje, capital macedonia, se llevó a cabo un atentado contra la embajada de Albania y hubo disparos en un café que era punto de reunión de albaneses. Había toque de queda en varias ciudades. Iniciaba la diáspora de refugiados albanomacedonios hacia Kosovo y el sur de Serbia.

En esos días Kadaré declaró al Institute for War & Peace Reporting que lo fundamental era detener la matanza en los pueblos albaneses y que todo el mundo debía trabajar para salvar a Macedonia; bajar las armas era la única forma responsable para llevar a cabo las acciones y el

camino correcto para lograr la paz era el diálogo.

Albania era y es la Babel de la península balcánica, y es el segundo país más pobre de Europa, después de Moldavia, con casi cuatro millones de habitantes repartidos en 28 mil 748 kilómetros cuadrados. En promedio, un ciudadano albanés habla al menos dos idiomas.

En ningún lugar del orbe he observado tantos automóviles Mercedes Benz, la gran mayoría introducida través del mercado negro. Existían dos millones de armas automáticas en manos de la sociedad civil; de alguna manera eran las reminiscencias del antiguo precepto del Kanun, código de derecho consuetudinario albanés, que tan bien explica Kadaré y que es el protagonista medular del relato *Abril quebrado*: "el albanés toma venganza de sangre sólo con el fusil". Por supuesto, el actual Código Penal y el sistema legal albanés no hacen referencia ni reconocen el Kanun.

Albania es la fusión de Oriente y Occidente. Continuando la milenaria tradición bizantina todo se compra, se vende, se acuerda y se arregla en los cientos de cafés poblados con personas que fuman y discuten. El aroma del *kafé* inundaba las destruidas calles de Tirana, así como el polvo que se desprendía de las obras de una ciudad en reconstrucción. Las tarjetas de crédito y cheques de viajero no tenían ningún valor, no había bancos ni casas de cambio.

En la plazoleta de la Banca Central —institución que cumplía sólo la función de llevar a cabo transacciones financieras con el extranjero— se encontraban ora treinta, ora cincuenta tipos que en un bolsillo del pantalón tenían un grueso rollo de dólares y, en el otro, un fajo de *lekes*, a plena luz del día. ¿Cuál era el tipo de cambio? Sólo ellos lo sabían.

La presencia de Kadaré se palpaba en las vitrinas de las librerías, en las cuidadas ediciones de Onufri; y en el *lobby* de un distinguido restaurante en que aparece en una fotografía saludando al dueño. Su imagen —dictando una conferencia— fue el *spot* de televisión durante el receso de la final de fútbol de la Liga de Campeones de Europa en 2001.

Desde hace más de una década las paredes de la universidad, de escuelas y de bibliotecas guardan un espacio para una foto en especial: Kadaré recibiendo el galardón de la Academia Sueca de la Lengua. En otoño seguramente habrá un retrato del escritor recogiendo, en Oviedo, el Premio Príncipe de Asturias de las Letras 2009.

Ismaíl Kadaré forma parte de la llamada "generación de los sesenta", junto con Dritëro Agolli, Fatos Arapi y Drago Siliqi, que rompe con los criterios literarios soviéticos y renueva la narrativa albanesa recuperando la herencia de las epopeyas y el cuento popular y aplicando las innovaciones de la literatura universal, principalmente la europea.

De esta cofradía, Kadaré destaca por el vigor de su voz. Testigo literario de la Europa de la segunda mitad del siglo XX, su visión abarca la invasión fascista durante la Segunda Guerra Mundial; el régimen estalinista y despótico de Enver Hoxha, que orilló al escritor en septiembre de 1990 a exiliarse junto con su familia en París; hasta un fin de milenio marcado por la cruzada racista —encabezada por Slobodan Milosevic— que llevó al éxodo y genocidio del pueblo albanokosovar.

Tras años de exilio en Francia, actualmente el escritor divide su tiempo entre Tirana y París. La mayor parte de su obra fue escrita y publicada en Albania bajo el régimen comunista; sus primeras ediciones fueron poesía: *Líricas* (1953) y *Ensoñaciones* (1957). Concibe su primera novela, *La ciudad sin anuncios*, relato oscuro, radicalmente opuesto a lo que se

decía entonces que era lo moralmente sano de la sociedad socialista, siendo estudiante en el Instituto Gorki de Moscú, en 1959. Con esta obra Kadaré se convierte en el fundador de la novela albanesa, fusiona la lengua unificada y el albanés dialectal e introduce, por primera vez, el pulso de la vida urbana.

Su prestigio crece en 1970 con la aparición en francés de su novela *El general del ejército muerto*, editada en Albania en 1963, y se afianza con las obras *Los tambores de la lluvia* (1969), *El largo invierno* (1977) y *El palacio de los sueños* (1981).

Desde la terraza del Hotel Tirana se apreciaba el centro y los edificios principales de la capital albanesa: la sede de la ópera, el Museo de Arte, la Banca Central, un parque desangelado, sin árboles, que por la tardes cobraba vida gracias a un carrusel y una rueda de la fortuna. Más allá, una pequeña y hermosa mezquita con un minarete, la torre del reloj y un edificio de cuatro plantas de color amarillo que es la Secretaría de la Defensa; éstos son como los describe Kadaré en sus novelas *El palacio de los sueños* y *Noviembre de una capital*. Una épica escultura ecuestre de Scanderbeg anunciaba la avenida principal que culminaba en la rectoría de la universidad, en el más apegado estilo arquitectónico socialista.

A Kadaré no le gustan las entrevistas. Lo caracteriza un agudo sentido del pudor en el momento de ofrecer detalles personales y juzga, con singular aspereza, el manejo de la información en la mediática sociedad occidental. Su personalidad es sobria; sus respuestas concretas, parcas. Ocasionalmente esboza una sonrisa.

Yo quisiera saber el color de sus ojos detrás de los lentes con vidrios ligeramente ahumados. Saber cómo construye ese universo literario —extenso e inquietante— donde el tiempo se transforma y relata el itinerario de la tragedia o comedia humana, el debate entre el individuo y el poder totalitario.

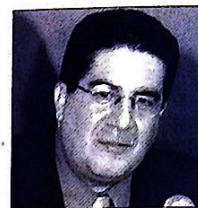
Conversamos durante un par de horas en compañía de su esposa Elena, auxiliados por Sánchez Lizarralde. Sobre la mesa puse un pequeño micrófono especializado en aislar ruidos ambientales; instintivamente Kadaré —estaba sentado— se echó para atrás. El gesto me remitió a su novela *Spiritus*, como si estuviéramos ante uno de los *grillos*, micrófonos espías chinos, colocados por la Sigurimi: la policía secreta de Hoxha.

En aquella terraza del Hotel Tirana, en la primavera de 2001, no podíamos imaginar que en unos meses el mundo cambiaría tras el 9/11. Quizás Ismaíl Kadaré, que en su obra transfigura el itinerario de los siglos para que los lectores acompañemos a caballo los correos de sueños, recorramos los laberintos y sótanos de la opresión, escuchemos la verdad en la voz de los muertos y removamos los alcances de los absurdos, hoy tenga respuesta a su propio cuestionamiento: "¿Por qué la humanización de la humanidad es tan tímida?"

Enzia Verduch

Tomado de *Letras Libres*, agosto, 2009

Gary Daher



Gary Daher (1956) Ha publicado los poemarios: *Cantos desde un campo de mieses* (2001), *Oruga interior* (2006), *Territorios de Guerra* (2007) y *Viaje de Narciso* (2009)

Carta al Padre

En la casa
los objetos huelen a excremento
de este modo
quién querrá quedarse.

Y si uno persistiera
vería con gran incomodidad
que los muebles están fuera de lugar
deshechos y pesados
las ventanas tapiadas
y la misma puerta desvencijada
impeliendo a salir en vez de entrar
pues la casa es un lugar de naufragio.

De ahí los grandes esfuerzos que se hacen
por quedarse a velar dentro de la casa
impertérrito
mientras las aves vuelan en el cielo
la hierba crece en el vergel
y la lluvia no deja de regar con su aliento de agua.

Por eso te escribo
para revelarte que poco a poco
voy limpiando de inmundicia
nuestra casa
a ver si así un día
—pienso también en el jardín
y en las semillas que sembraste—
habrá de estar dispuesta
engalanada y primorosa
con su alfombra persa
y su alcoba depurada
donde el incienso arda hermoso
y las rosas se abran rojas
esperando tu regreso
iluminado —lo sé bien—
por la bella disposición
que irán a tomar todas nuestras cosas.

Noticias de la ciudad avasallada

La ciudad
(esta desdichada ciudad)
sometida durante décadas
bajo dispendio de los epicúreos
hoy se encuentra asediada.

Son las blancas huestes que retornan
con sus águilas doradas
gallardas
insignia brillante.

Vienen
áscres soberbios
aunque dóciles rumian la guerra
al comando de su Señor
de regreso de las cruzadas.

A través de los hierros
observamos
cómo
desde los torreones
se despeñan los enemigos.

Un tumulto se ha apretado detrás de las puertas.

Nosotros
prisioneros en las mazmorras
vejados / lastimados
esperamos.

A pesar de la sed
con parte del agua de ración
limpiamos las duras piedras
del calabozo
fuertemente cerrado
(hay difíciles carceleros por todas partes).

La única señal son los tambores
azuzando
estremeciendo la tierra
y al horrísono en nuestras sienas.

El griterío en su fragor
y la ciudad ya tiembla
como niña esperanzada
mientras su cuerpo de meretriz no sabe
que acaso
sólo en el crepúsculo callen
cuando al fin se pierda
y se gane la batalla.

Soldado de Marrakech

Golpeado
mis ropas trasminan olores
y el aliento guarda el tufo de la dura batalla.

Cerca
el fragor aún sostiene
los últimos rayos del prolongado día.

Ahora
a tuestas lastimado
busco el inútil reposo
de la sombra de las piedras

mientras en el costado laten
la herida y las hierbas
como si curar se pudiese
lo que adentro aún persiste
como fuego y como daño.

Un poco de agua es suficiente
pues al igual que en las fiebres
los enemigos tiene mi cara
y la cantidad de repente crece.

Nada digo
en silencio me preparo
cuando tranquilo el corazón
esgrima
nuevamente
la violenta espada
pensando en mi dama
(la de los velos sagrados)
muerto sea yo
degollando las impuras cabezas
de ojos sorprendidos.

Sostenida es la guerra santa
en las Navas de Tolosa.

Los poemas aquí reproducidos provienen de *Viaje de Narciso* (Ed. Plural, La Paz, 2009), el más reciente libro de Gary Daher compuesto por 23 poemas agrupados en siete partes o estaciones de un derrotero espiritual.

Gabriel Chávez Casazola dice a propósito: El viaje de Narciso, en el sentido hermético de sor Juana y de Lezama Lima, es un camino circular que baja del alma a la materia —en contemplación de vano reflejo y descenso enamorado a habitarlo—, para más tarde —naufragio, combate, re/conocimiento, un refocilo de violenta luz— elevarse desde la materia al alma, en contemplación, ahora sí, de la verdad interior: revelación, un yo místico, vuelo. Es también, pues, un viaje al origen de las cosas, a su conciencia, y *qué es un poema sino la conciencia de las cosas*, se pregunta el autor.

Otro día hermoso

Aunque la ancianidad carezca de banquetes desmedidos, puede, sin embargo, deleitarse con convites moderados.

Cicerón

Si repaso mi vida, no me puedo quejar. Después de unos cuantos romances de juventud y algunas aventuras, antes de cumplir cuarenta años conocí a Julia —Dios la tenga en su gloria—, me enamoré locamente de ella, descubrí mi vocación matrimonial y nos casamos. Excelente ama de casa, madre a tiempo completo y esposa fiel, era tan perfecta que si yo no hubiese tenido sentido del humor, me hubiese amargado la vida durante más de tres décadas.

Su manía por el orden y la limpieza era tal, que si antes de acostarme no ponía los zapatos alineados como soldados, no me dirigía la palabra; si dejaba caer una miga al suelo, imaginaba la invasión de un ejército de hormigas, y enseguida la recogía con la certeza de haber evitado una catástrofe de dimensión nuclear. Si no ponía el periódico en su sitio, me llamaba la atención con dulzura, dejando entender, sin embargo, cuánta decepción le causaba mi tendencia natural al desorden; y esto, que es de no creer: cuando llegaba a casa del trabajo, ella me desempolvaba con un plumero especial, pequeñito, que usaba sólo para eso: para evitar que introdujese al hogar el enemigo invisible: millones de nefastos microbios.

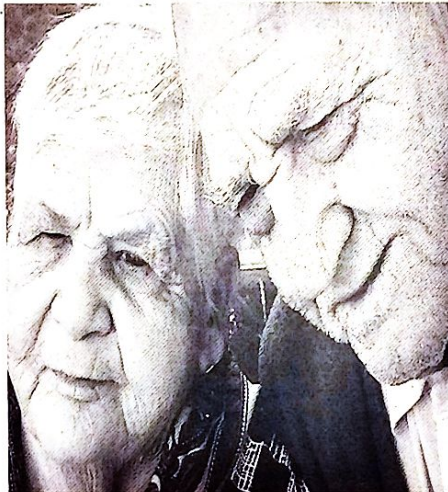
Pero era tan linda y trabajadora, que yo soportaba heroicamente sus manías, sin privarme del gusto de tomarle el pelo cada vez que podía. Así, cuando me sacaba los zapatos, empezaba a tararear una marcha militar antes de alinearlos; cuando, involuntariamente, por cierto, dejaba caer migas al suelo, relataba en tono de reportero deportivo, la invasión de las huestes enemigas; después de leer el periódico, lo doblaba con prolijidad y calculaba con precisión geométrica y un metro imaginario, el lugar de la mesa que debía ocupar; finalmente, cada noche, al retornar a casa, esperaba que ella me desempolvaba, señalando con insistencia y picardía, el lugar preciso donde, de seguro, anidaban los microbios más virulentos y rebeldes.

Nuestros hijos, de pequeños, se sometieron al régimen dictatorial de orden y limpieza, sin embargo, en la adolescencia reaccionaron con rebeldía, tuvieron una época hippy en que no se bañaban ni se afeitaban, lo que a Julia provocaba frecuentes ataques al hígado y profunda tristeza. Después, poco a poco, se convirtieron en hombres formales, se casaron y ahora recuerdan a su madre con nostalgia, y cuando no encuentran una llave o un documento importante, la invocan, como si fuera colega de San Antonio.

La cuestión es que ahora que puedo hacer lo que quiero y desordenar todo lo que se me antoja, me he quedado solo y echo mucho de menos a mi mujer... Mis hijos viven en la capital, me visitan un domingo al mes, todavía no me dan nietos, porque ahora planifican y primero tienen que pagar el departamento y el auto.

A decir la verdad, no estoy tan solo, he descubierto la felicidad de cultivar plantas de interiores y de tener un perro, de raza misteriosa, talla pequeña y pelo color gris acero. La tenencia de plantas y perro, estaba absolutamente prohibida cuando vivía la difunta, por aquello de los pulgones, hongos, e invisibles, pero letales parásitos.

En cuanto al perro, todas las mañanas, cuando despierto, digo en voz alta: "Otro día hermoso que me regala la vida" y Nerón, en cuanto me escucha, salta a mi cama, me lame la cara con la más absoluta falta de higiene y exige que lo saque a pasear para su contacto cotidiano con los árboles. Debe ser mi imaginación, pero me parece que el hermoso rostro de mi difunta esposa, que me mira desde el retrato de la mesa de luz, adquiere una expresión de intensa



desaprobación, y temo que cualquier momento podría salirse del marco para echar a la calle a mi mascota y desinfectar todo con detergentes, cloro y vapores antisépticos.

Desde que era un cachorrito, Nerón se convirtió en el instrumento ideal para hacer amigos. Antes, en el parque, la gente apenas me saludaba, pero desde que he empezado a pasear con él, todos se acercan para halagarlo, y con el pretexto de preguntar de qué raza es —pregunta siempre embarazosa, porque he buscado hasta en la enciclopedia canina y no he hallado ningún perro parecido al mío— o averiguar qué come o si caza ratones, hablamos de una y otra cosa. Lo mismo pasó con Rosa, la muestra jubilada, gracias a Nerón establecimos una linda amistad, además me parece que no le desagradó... y otra cosa más: como a los niños les gustan los perros y a mi perro le gustan los niños, todos los días tengo materia de conversación, y a veces les presto a Nerón para



que lo hagan pasear por los alrededores, después invento alguna hazaña perruna o les cuento algún cuento e introduzco variaciones para amenizarlos: así, la Caperucita y la abuela se comen al lobo y Blanca Nieves se casa con uno de los siete enanitos, uno que trabaja en un circo.

Lo único que por momentos me amarga la vida es que yo, que siempre fui de buen diente —y dicho sea de paso, mi Julia era una gran cuchara— ahora me veo obligado a privarme de comer con sal por la presión alta, y con azúcar por la diabetes. Observo rigurosamente la dieta toda la semana, como muchas verduras, frutas y granos, y llego a pensar que cualquier mañana despertaré trinando, ya que me habré convertido en un canario; pero el domingo despierto muy contento, dedico especial cuidado a mi persona, me miro detenidamente en el espejo y me hallo todavía interesante; me pongo mi dentadura postiza, me ajusto el braguero para que no se me salga la hernia, me perfumo con la loción de pino —porque capaz que me encuentre con Rosa, la maestra— cepillo a Nerón, nos vamos a un restaurante que tiene un pequeño jardín donde admiten perros, y como todo lo prohibido: cerdo asado, puro colesterol o pollo picante, elevador de la presión, y para rematar el pecaminoso banquete, un postre con azúcar ponzoñosa, y me tomo un vaso de vino tinto o de cerveza. ¡Cómo lo disfruto!

Otra cosa que me causa placer es conversar con los ancianos solitarios que están sentados en los bancos de la plaza, mirando el horizonte con amargura y recordando con nostalgia a su compañera ausente o a sus hijos lejanos. Me acerco a ellos con Nerón, y ahí, charla va, charla viene, nos volvemos amigos.

La verdad es que pese a mi edad, soy feliz, porque aún soy autosuficiente, cuando ya no lo sea, quisiera irme para reunirme con mi Julia y espero hacerla con la cara afeitada, las uñas cortas y limpias y la ropa immaculada, tal como le gustaba a ella, seguramente me esperará con un plumero celestial, para sacarme de encima todos los microbios terrenales.

Claro que no es la felicidad que tenía con ella, ahora gozo con las cosas cotidianas, con las pequeñas alegrías que aún me depara la vida y sé que debo compartirlas, por eso este mes trataré de ahorrar —olvidé decir que no soy rico, tengo justo lo necesario, por lo que me considero muy afortunado— y el próximo domingo, que es mi cumpleaños, iré a conversar con los viejitos e invitaré al más triste y solitario, a almorzar conmigo al restaurante, porque es cosa sabida, que la comida compartida, siempre alegra la vida.

Giancarla de Quiroga. Escritora cochabambina.
Premio Nacional de Novela.



Adolfo Cáceres Romero

LA MÁQUINA DEL TIEMPO

Literatura boliviana del período republicano

Escritores representativos

Ricardo José Bustamante – II parte

La oda *Bolivia a la Posteridad* de Ricardo José Bustamante, adquiere un carácter elegíaco ya que, por encima de lo heroico, solemniza su mensaje: *De América el Gigante veis dormido. / Dios y la Libertad guardan su lecho. / Dominador del tiempo y del olvido, / su gloria es grande y su sepulcro estrecho; / y si del mundo hasta el postrer latido / hay fibra ardiente en el humano pecho, / se inclinarán los hombres ante el hombre / que me dio vida y me legó su nombre.*

Para el poeta colombiano Miguel Antonio Caro y el español Marcelino Menéndez y Pelayo, los poemas histórico-míticos de Bustamante son los mejor logrados. El poeta es uno de los pocos que reconoce la grandeza incaica. En *Oda a la Libertad*, la cita de Espronceda es pertinente: *Ved, ya descende a la oprimida tierra, los hierros a romper la libertad:*

XII

De la América el hijo, asimilado, / en tanto al ente vil, se vio privado / de su más caro bien, y perseguido / cayó en la servidumbre y el olvido.

Así tres siglos de opresión amarga / arrastró la cadena, pero luego, / tras la noche tan larga, / del templo sacro reanimóse el fuego.

XIII

¡Ay, cuando el Inca al Hacedor del mundo / adoraba en el Sol, padre fecundo / de natura, tal vez a ti en la luna, / como a la maga que meció su cuna, / en mirarte feliz se complacía; / que cual la reina de la noche hermosa, / raudal de poesía / tu luz derrama, Libertad preciosa.

Despedida del árabe a la judía es un poema narrativo al modo de los romances castellanos con dramatismo ascendente:

¡Regresa a tus hogares, bella hija de Israel! Te traje de tu tribu para encantar mi vida; mas ya perdió sus galas mi tierra prometida; no dan sus huertos fruto, ni dan sus bosques miel... ¡Regresa a tus hogares, bella hija de Israel!

Tus pies ya están desnudos, tu frente está sin velo, tus trenzas ya no adornan mi amor con flores bellas; ¡Ay! deja para siempre mi noche sin estrellas, no alteres tu sonrisa con lágrimas, mi cielo... tus pies ya están desnudos, tu frente está sin velo.

¡Ay! vete; mi morada te brinda sólo hiel; mis fuentes ya han perdido sus ondas cristalinas; no hay ecos armoniosos ni

sombra en mis colinas; Diamelas no produce la planta en mi vergel... ¡Ay! vete; mi morada te brinda sólo hiel.

Mi hermana, mi querida, mi compañera, ¡adiós! bello ángel de mi Arabia, sol puro de mis días que en ellos deramabas amores y alegrías, tú, vuelve a tus palmeras; yo voy de muerte en pos, mi hermana, mi querida, mi compañera, ¡adiós!

El poema narrativo *El judío errante* y su caballo, retoma, con algunas modificaciones, la leyenda cristiana de Cartáfilo (Ahasvero), su caballo moribundo y la eterna agonía del judío que sólo podrá descansar con la segunda venida de Cristo a la tierra. Veamos la parte final del poema:

El caballo

Leal a tus mandatos, / tu suerte seguiría / mil años; pero faltan / las fuerzas a mis pies... / me falta ya el aliento, / y me pesa la piel... / ¡Señor!... Llegó el momento...

Ahasvero

¡Murió el caballo fiel!... / ¡Murió! ¡También me deja!, ¡y todo muere! / A mí tan sólo sujetarme quiere / la maldición de Dios a la existencia. / Colmada ya mi copa de amargura, / Señor, revoca mi fatal sentencia; / ¡Déjame al fin tocar la



Gil y Imaná - La nube negra

sepultura!

Mi compañero en secular jornada / sus ojos ya ha cerrado, / y de su cuerpo helado / yo haré, Señor, almohada / para dormir el sueño de la nada!... / ¡En vano! ¡En vano con voz tremenda / me grita el cielo! - "Por terrestre senda / caminarás errante / hasta el fin de los siglos: ¡Adelante!..."

En *La Cruz sobre un camino*, poema de profundo fervor cristiano, se puede advertir la mística religiosa de Bustamante:

Aquí estás ¡oh! Madero soberano, / signo de amor, de paz, de redención, / con los brazos abiertos al cristiano / brindándole consuelo en su dolor!

La humanidad, por ti regenerada, / camina en los senderos de la luz. / Tú orientas al mortal en su jornada, / faro del puerto de eterna salud.

En las lóbregas noches de la tierra, / cuando reinó sobre ella la impiedad, / conjuraste del vicio la honda guerra / y alzándose en el Gólgota hubo paz.

El crítico inglés Maurice Bowra, en *La imaginación romántica* (1969), afirma que los poetas románticos encuentran en la naturaleza su inspiración inicial. La naturaleza no lo era todo para ellos, pero ellos no hubieran sido nada sin ella, porque sólo a través de ella encontraban esos momentos de exaltación que les hacían pasar del espectáculo a la visión, para penetrar –según creían– en los secretos del universo. Así sucede con Bustamante, quien estando confinado en Moxos escribió *Preludio al Mamoré* donde anima la descripción de la naturaleza, dotándola de razón, un interlocutor cuya grandeza mide con sus palabras cuando le dice: *De región fría y apartada vengo / yo vengo, sí, cansado peregrino...*

Tú aquí en regiones ignoradas giras, serpiente nacarada, bajo un cielo palio de lumbre por do tiende el vuelo la garza colosal;

Río argentado que ondulado ciñes vírgenes bosques, o en variadas tintas sobre tu espejo con sus nubes pintas el éter tropical.

Al fin respiro tus fragantes auras; tus palmas miro que columpia el viento, oigo en tus selvas armonioso acento, y admito tu quietud:

Oh, tú, a quien siempre en ilusión lejana vi cual portento que a la patria mía las puertas abras a su gloria, un día ¡Gran Mamoré! ¡Salud!